

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Desde que *La Quimera*, mi última novela, empezó a pasar de la imprenta a la librería y de ésta al público, doy en creer que el sentimentalismo no ha muerto completamente en nuestra época de automovilismo, aerostación, *foot ball* y *cake walk*.

Por otra parte, y antes de explicar lo que acabo de escribir, conviene que advierta que siempre dudé que la diferencia entre las costumbres de unas y otras épocas modifique lo íntimo del sentir. Hay sentimientos fundamentales que no desaparecen al influjo de los hábitos sociales; lo que hacen es esconderse levemente avergonzados, metiéndose más adentro y por consiguiente adquiriendo, al menos en naturalezas reconcentradas, mayor energía. Hoy no se va al teatro a desmayarse, con el frasco de sales en la bolsa y el pañuelo de encajes asido para la primera ocasión húmeda; pero no por eso deja de abrir surco en la sensibilidad el teatro, ni los nervios de responder al conjuro del arte. Y si se leyese más de lo que se lee, también los libros tendrían eco, sordo ó sonoro, en las almas de la actual generación.

Se me ocurre todo esto que voy ensartando a cuento de haber recibido dos ó tres cartas de letra de mujer, fina y menuda (mis *inconnues* no deben de ser del número de estas señoritas que gastan una caligrafía completamente masculina, grande y alta), en que se me descubre vivo interés, no por mi labor literaria, sino por mis héroes y personajes. Las cartas están llenas de interrogaciones. ¿Existieron realmente todos los que salen allí á relucir? ¿Quién fué Clara Ayamonte? ¿Qué hay de verdad en el episodio de sus amores? ¿Acabó efectivamente encerrándose en un convento? ¿Y Silvio? ¿Le sucedió esto, aquello y lo de más allá? Envuelto en la curiosidad, la simpatía: frases de compasión, lamentaciones por su temprana muerte...

Si es permitido contestar desde aquí, y colectivamente, á quienes me escriben revelando un alma piadosa, les diré que sin duda es triste la historia de Silvio, y que además de triste, es verdadera; pero que la antigüedad, fértil en sentencias profundas, no nos ha legado—como observa Eduardo Rod en su reciente novela *El Indócil*—ninguna tan honda como esta: «¡Muere joven aquel á quien los dioses aman!»

En la vida de cada mortal hay un instante y hay un fin esenciales, valederos, y el resto de lo que ese mortal dice, hace y piensa tiene valor secundario. En Silvio Lago fué sin duda alguna su Quimera lo que tuvo alto sentido é intensa vibración. Yo creo que á Silvio no le faltaban fuerzas y aptitudes para encarnarla en la realidad; pero quién sabe si, como otros muchos artistas, aun consiguiendo fama y honra, no llegaría á obtener el triunfo de la Quimera, eso que sólo contados soñadores ven logrado? El interés de la personalidad de Silvio era, ó yo me engaño, lo ambicioso de su insaciable aspiración artística. Por esa aspiración sintió el soplo de lo infinito acariciar sus demacradas sienes, y por esa aspiración su espíritu voló tan lejos... Es frecuente el espectáculo doloroso de la transacción del artista con la necesidad y la materia. El artista cree que ha soñado gloria, cuando lo que ha soñado es únicamente ventajas, distinciones, provechos, conveniencias. Pues bien: Silvio Lago soñaba gloria pura y sin mezcla;

Silvio Lago no se engañaba á sí mismo. Esta afirmación puede demostrarse con la observación más sencilla: las ventajas, distinciones, conveniencias y provechos, para Silvio estaban conseguidos ya, por el fácil camino del retrato elegante, cada día mejor pagado, según se difundía la fama y se perfeccionaba el procedimiento. Así es que (contra la opinión de mi amigo el Sr. Villegas, que me puso á Silvio de hoja de perejil), yo sostengo que no hubo soñador más generoso y sincero, y que las nueve décimas partes de los que se viesan en su caso, se darían por satisfechísimos, y si no renunciaban á la Quimera del todo, cuando menos se avendrían á esperar el ideal sentados cómodamente.

Así hube de decírselo algunas veces, compadecida (aunque encontraba hermoso aquel afán) de lo que consumía el alma y el cuerpo del joven pintor. Como el héroe griego, al elegir entre la vida larga y descansada ó la breve y gloriosa, Silvio había optado (instintivamente, yo no digo que esto fuese una operación reflexiva) por la segunda. No sabría que iba á morir pronto; pero ante la perspectiva de dejar una huella de luz, era capaz de aceptar, á semejanza del rubio hijo de Tetis, la bajada rápida al Orco entre las sombras. Y este es el sello de la Quimera: poder más que el inferior instinto de conservación.

\* \*

Sin duda alguna estas aspiraciones que no se cifran en nada positivo y material, ennoblecen á nuestra mísera estirpe, á quien el poeta florentino llamó «la mala simiente de Adán.» Hay de estas aspiraciones individuales, y las hay colectivas. Citaré un ejemplo: la del pueblo de Alcázar de San Juan, que no renuncia á la preza de haber dado cuna á Miguel de Cervantes (y no de *Carvantes*) Saavedra. La nutrida bibliografía que sobre tal asunto va formándose, acaba de enriquecerse con un folletito que destaca, sobre mi mesa, su cubierta amarilla, exornada con el retrato del autor, D. Antonio Castellanos. Es una sátira del discurso de D. Manuel de Foronda, en la Sociedad Económica Matritense, con motivo del Centenario del *Quijote*.

El discurso de Foronda abogaba por Alcalá de Henares; el folleto de Castellanos, por Alcázar de San Juan; y como siempre, el caballo de batalla son las famosas partidas de bautismo del escritor gloriosísimo, que existen en sendas iglesias parroquiales de ambos pueblos. Examinadas y atacadas las dos con argumentos que no carecen de fuerza, yo confieso que encontraría más persuasiva la de Alcázar de San Juan, si no resultase al admitir su autenticidad como documento biográfico del autor del *Quijote*, que éste asistió á la batalla de Lepanto en edad muy temprana para las faenas de la campaña.

Me arredra, sin embargo, de profesar una opinión cualquiera en este discutido é intrincado punto de historia literaria, el notar que ha adquirido el carácter de una de aquellas reñidas «guerras de pluma» que en el siglo XVIII daban lugar á tremendas diatribas (no siempre jocosas, como aquella suscitada entre el doctor D. Liberio Fernández de Sedano, D. Narciso Topete de Valdivia y Silvestre Camisola de Catacubas, que redactó D. Bartolo Chifatarjas, y en la cual, si no se apuraron puntos de letras, se debatió lo que hoy sigue debatiéndose: la utilidad y conveniencia de que haya monasterios y órdenes religiosas).

Las diatribas motivadas por la incerteza del lugar donde nació Cervantes, van agriándose hasta el extremo de que en ellas se empleen los calificativos de libelistas, impostores, falsarios, con otras severidades de estilo. Y por eso, y por falta de conocimiento completo del punto especial que se dilucida, me zafo de él, lamentando que no se averigüe definitivamente dónde nació Cervantes, y esperando el libro que el Sr. Castellanos anunció, con datos y pruebas.

\* \*

El espeluznante crimen del *Huerto del Francés* está en tela de juicio estos días... No neguemos que los autores son pésimos ejemplares de humanidad; pero tampoco ha de ocultarse que ningún interés inspiran las víctimas. Yo diría que en ese crimen no se ha perdido sino las hechuras, y que entre pícaros anda el juego.

Los que encontraron la muerte en el huerto lúgubre, eran fulleros y jugadores de ventaja, que llevaban la sana intención de robar y despojar á sus semejantes. Encontraron con otros semejantes suyos, más desalmados aún, que tuvieron la idea feliz de burlar á los burladores y de remendarles, como se dice en términos de caza, la perdiz. ¿Ellos venían á

robar y despojar? Pues les aguardaba robo, despojo... y asesinato.

Hay crímenes sin moraleja; estos del Huerto la tienen. Revelan además lo ramificado que está el vicio, lo extendidas que se hallan la estafa, la vagancia, las profesiones equívocas y turbias. Seis personas (y no de la más menesterosa y obscura clase social, sino gente acomodada, burguesa) desaparecieron, sin que produjese tan extraño hecho inquietud, sin que, hasta que el último Rejano Espejo, pareció evaporarse, se iniciasen pesquisas en averiguación de su paradero. En la preparación del crimen mediaron cartas, entrevistas, esperas en las estaciones del ferrocarril; el crimen dejó más de un rastro; pero sólo á consecuencia de indicaciones de la prensa y denuncias de una esposa legítimamente alarmada, se resolvió la autoridad á inquirir qué habría sido del ciudadano objeto de la denuncia y de los cinco ciudadanos anteriores, y se cavó en la necrópolis de las conejeras del sangriento huerto.

No fué atentado de los que quedan impunes, sencillamente por codicia de los criminales, que, según las trazas, pensaban seguir ejerciendo indefinidamente su lucrativa caza, hasta acabar con medio género humano, rellenar la tierra de cadáveres y sus bolsillos de dinero. Si hubiesen cerrado la serie con la quinta víctima y pasado al África ó á tierra francesa, podrían morir en el pellejo de un honrado (al parecer) almacenista de vinos, tratante en ganado ó tendero de especias, en quien nadie vería á los trágicos acogotadores y sepultureros del siniestro huerto florido...

La mayor parte de los crímenes, por un motivo ó por otro, impunes se quedan, como no sean de esos que se cometen en riña ó en un alborotamiento, esos románticos crímenes pasionales en que el asesino arroja el arma exclamando: «prendedme, yo la maté;» en cuyo caso hay que confesar que el papel de la policía y de los jueces es excesivamente fácil y sencillo. ¡Pero en cuanto existe nada más que un conato de misterio, se acabó! Es vano que corran rumores, que se susurre en el barrio y las comadres señalen con el dedo á los culpados, ó al menos, á aquellos en quienes pueden recaer sospechas con algún viso de fundamento; es inútil que la voz pública señale pistas, pues la policía parece esmerarse en perderlas. Y en un pueblo como el que me ha visto nacer, y que es un activo centro de emigración, los barcos con rumbo á América se encargan de asegurar, para siempre, la impunidad.

Los robos se han hecho tan familiares, tan escandalosos; la seguridad está tan vacilante; la autoridad de la justicia y de sus depositarios va por tierra; su voz y augusto nombre perdieron ya en los ánimos toda autoridad, y el delito y la relajación se mofan de una y otros con insolencia; las provincias se oyen llenas de tropas de bandidos que entran por los pueblos con un arrojo increíble; en la Corte una insaciable disipación atiza todas las pasiones, persuade todos los excesos, disculpa y da calor al mismo delito... ¡Y me detengo!, porque este párrafo, que parece escrito hoy, lo trazó allá por los años de 1798 la elegante y tersa pluma de D. Juan Meléndez Valdés, Fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. ¿Verdad que no pasa día ni por la justicia ni por los criminales?

EMILIA PARDO BAZÁN.